# EL HERALDO

N°18 ABRIL DE 2025



TERTULIA POÉTICA

MUNDIAL DE ESCRITURA

CURIOSIDADES SOBRE LAS MASCOTAS

Mujeres: artífices de la literatura

# *Indice*

**CARTA DEL EDITOR**

Por: Ariel Sosa Mansilla

No sabía qué escribir acerca de las mascotas, pero hace un par de días falleció una perrita llamada Sol, de 12 años, que acompañó a mi familia paterna. La tristeza, por estas horas, se ha adueñado de aquellas personas que amaron a este integrante de la familia que ya no está. Compañera de juegos, traviesa, guardiana, pilar de contención en momentos de enfermedad, risas, alegrías y enojos que te tuvieron como protagonista.

Los gatos que se te paseaban por el muro medianero del vecino eran tus enemigos inalcanzables, con los cuales deseabas, algún día, cazar.

Así fueron pasando los días y los años en los cuales hiciste feliz a una familia, junto a tus dos hermanas postizas: Violeta y Nala.

Y, como toda etapa en la vida, cumpliste tu ciclo, mascota querida. Te fuiste a corretear por otros caminos y a seguir el sendero de mis otros compañeros perrunos: Ringo, Negro, Pichi, Queen I y Queen II, que, desde alguna estrella cercana, doblando a la esquina de la Cruz del Sur, estén jugando con una vieja pelota y te reciban meneando sus colas, llevando tus historias para compartir.

Mientras tanto, aquí en la Tierra, quienes te amamos llevaremos para siempre en el corazón tu recuerdo.

## CURIOSIDADES LITERARIAS

### LAS MASCOTAS EN LA LITERATURA

Por: Michel Pérez Pino

Regresa la sección de Curiosidades del Heraldo, esta vez dedicada a las mascotas dentro del apasionante mundo literario. Efectivamente, tanto los géneros dramáticos como la lírica y los numerosos géneros narrativos han acogido la presencia de las mascotas a lo largo del tiempo, ya sea de forma realista —como imitación de los animales del mundo real—, ya sea de forma simbólica, surrealista, expresionista… Bien como personajes, bien como objetos de comparación o términos de metáforas, bien con valor alegórico. En cualquier caso, los animales de papel y tinta, los animales literarios construidos con palabras ocupan un lugar destacado y muestran la importancia de la relación del ser humano con otras especies.

Con más de dos mil quinientos años de historia, la fábula demuestra que el conocimiento sobre la persona humana que aportan los animales literarios sigue sintiéndose como necesario en diferentes épocas y culturas. Los proverbios y sentencias del Libro de Esopo, alrededor del 600 a.C., abordan el empleo de la fábula en la enseñanza, incidiendo en distintos aspectos que favorecen el desarrollo intelectual, lingüístico, literario y retórico de los niños.

En la literatura norteamericana de comienzos del siglo XX, en un notable par de novelas, Jack London lleva a cabo un tratamiento realista y en clave darwiniana del perro. En El llamado de la selva (1903) relata con pasión un viaje de ida y vuelta desde un perro domesticado a su ancestro lobo; y en Colmillo Blanco (1906) lo opuesto: la “evolución” desde un lobo a un perro casero de la costa de California.

Velox, el perro legionario es una novela fantástica de Anastassia Espinel, inspirada en un hecho histórico: la batalla del bosque de Teutoburgo, también conocida como el Desastre de Varo, que impidió al Imperio romano extender sus territorios más allá del río Rin. Aquí se narran historias de los soldados romanos conocidos como los legionarios: seres excepcionales que solo vivían para la guerra. Lo más sorprendente de este fabuloso relato es que está contado por Velox, un perro legionario. Esta visión le da un carácter audaz a la narración y la convierte en una novedad editorial. En la mirada sabia, reposada y lúcida del ilustre can, conocemos de una manera más natural y justa la evolución de los hechos.

Cambiando de especie, en El sanador de caballos, de Gonzalo Giner, Diego de Malagón es testigo horrorizado del asesinato de su padre y del secuestro de sus hermanas. A duras penas consigue huir a lomos de su inseparable yegua Sabba y alcanzar la ciudad de Toledo, donde conoce a Galib, un veterinario mudéjar. Asombrado por el talento innato que el muchacho tiene para tratar a los animales, Galib le enseña a curar los caballos, que en tiempos medievales eran trascendentales en la defensa y en la vida de los hombres.

Cuando el músico callejero James Bowen encontró a un gato pelirrojo herido acurrucado en el descansillo de su piso, no podía imaginar hasta qué punto su vida iba a cambiar. James vivía al día en las calles de Londres y lo último que necesitaba era una mascota. Sin embargo, no pudo resistirse a ayudar a un gato tan sorprendentemente listo, al que rápidamente bautizó como Bob. Enseguida los dos se hicieron inseparables, y sus variadas, cómicas y, ocasionalmente, peligrosas aventuras acabarían transformando las vidas de ambos. Ese es el argumento de la novela titulada Un gato callejero llamado Bob.

Los desolados parajes del Outback australiano, con sus cocodrilos feroces, sus excéntricos buscadores de ópalo, sus koalas salvajes, sus furiosos cerdos gigantes, sus irritables camellos y sus voraces bebedores de cerveza, son los protagonistas de los quince relatos hilarantes que conforman el libro El koala asesino. Su autor, el prolífico escritor australiano Kenneth Cook, aseguraba que todos los incidentes descritos en estas historias —enormemente populares en Australia— sucedieron durante los viajes que realizó por los más recónditos e inhóspitos enclaves de la geografía australiana, pero que nunca se atrevió a incluirlos en sus novelas por su carácter absolutamente inverosímil.

No alcanzan las páginas de nuestra revista para nombrar los cientos de obras literarias que mencionan las mascotas o a los animales en general. Autores como Emilio Salgari u Horacio Quiroga, con sus Cartas y Cuentos desde la selva, deleitaron a grandes y chicos con sus apasionantes aventuras sobre los animales.

El conjunto de obras que existen sobre las mascotas trae a los lectores un conocimiento más amplio sobre la importancia y repercusión social, cultural, educativa y literaria que nuestras mascotas tienen en la literatura.



# HABIA UNA VEZ

## UNICORNIO

Por Michael Pérez Pino

***“Mi unicornio azul ayer se me perdió,***

***pastando lo dejé y desapareció.”***

—Silvio Rodríguez

Me acerqué a la trampa a pasos lentos. Tres días esperando una presa desde la choza que había construido a unos cientos de metros eran demasiados para mi paciencia. Cuando sentí las campanillas, tomé el fusil y el cuchillo montés, ideal para desollar presas, y partí en busca de mi próxima víctima.

Apenas podía creer lo que estaba viendo. ¡Un unicornio azul! Vaya suerte la mía. Había cazado de todo: ciervos, lobos, osos… pero esto era… ¡único! Realmente, nunca pensé que existieran. Soy un total incrédulo. No como el trovador loco ese que lanzó el anuncio en la radio a través de una canción. Entonces era cierto. Parece que el animal se le escapó a él, porque no he escuchado a nadie más hablar de algo así. Dice que eran amigos… ¿Cómo se puede ser amigo de un simple animal? ¿De verdad creerá que las flores que supuestamente dejó esta bestia le van a hablar? Realmente está loco.

He escuchado a los jóvenes conversar en la calle acerca de él, pero claro que estoy hablando del trovador, no va a ser de este caballo azul. La gente no para de hablar de su último concierto. Unos le dicen poeta, otros le dicen “El Necio”. ¿Por qué será? Tal vez porque solo sabe hacer canciones que los demás corean como tontos. Bueno, no sé ni me importa. Siempre con su guitarra para allá y para acá. ¡Qué pérdida de tiempo! Yo no… Yo me dedico a cazar. Lo mío es obtener una buena presa y después a cobrar.

Escuché decir que pagaba una provechosa recompensa a quien se lo devolviera. ¿Cien mil? ¿Un millón? ¡Umm…! Buena paga por un animalejo que ni siquiera lucha

en la red, pero no me parece que eso sea verdad. Nadie puede querer tanto a un animal como para pagar esa suma. Mejor se lo llevo a mis compradores de siempre. Ellos sí sabrán valorar esta belleza.

Parece un excelente potro. Buenos músculos, buen pelaje. Solo no me convence ese color azul y ese cuerno que le sale en la cabeza. ¿Quién ha visto caballos con cuernos? Fantasías y bobadas de… ¡Maldición! Ahora que lo miro bien, tiene mirada de persona. Sus ojos me observan detenidamente a través de los gruesos hilos de cáñamo tejido por mis propias manos.

No, no puede ser… ¿Me estaré volviendo loco? Los animales son animales… No hablan, no sienten. Solo fueron creados para alimentarnos y regalarnos sus pieles. Qué buen abrigo daría esa piel azul. ¡No me mires más! No vas a lograr conmoverme. Soy un cazador y vivo para matar. Incluso a ti…

Me acerqué más. Casi podía sentir latir su corazón. ¿O será el mío? Nunca antes me he puesto nervioso ante ninguna de las criaturas que han caído en mis manos. Así ha sido mi vida. ¡Cazar y matar! ¿Podré llamarle vida? No tengo a nadie más, solo yo. ¿Seré acaso un ermitaño, un egoísta? ¿¡Un asesino!? ¿Seré yo el verdadero necio que no comprende a sus semejantes? ¿Por qué no tengo amigos? ¿Quieres ser mi amigo?

¿Qué estoy diciendo? ¡Yo no tengo amigos! Soy un solitario y me encanta mi vida. No me mires así, animal del demonio, me estás confundiendo. Estoy hasta repitiendo las cosas en mi mente.

Ternura, esperanza… Nunca me han importado esas estupideces. Viniste a pastar hasta estos parajes, te empeñas en cambiar lo que soy, para atravesarme con tu cuerno. Te reto a que lo hagas. ¿No es eso lo que quieres? ¿Quieres que te saque de este mundo y así acabe con tu sufrimiento? ¿Tu sangre también será azul? ¿Quieres morir? Pues bien, si eso es lo que deseas… ¡así será!

Coloqué el fusil contra el tronco de un árbol. Es mejor no disparar para evitar que se dañe esa piel tan azul. Me darán una buena recompensa por ella, y mucho más por el cuerno. Tal vez hasta su carne sea deliciosa. Un negocio completo. Tomé el cuchillo y avancé sobre la trampa.

Me paré desafiante ante su cabeza, levanté el puñal para acabar de una vez por todas con aquella agonía. Volví a mirarlo a los ojos. Todas mis presas han temblado de miedo ante mi presencia. Ahora soy yo el que tiembla. No puede ser… ¿Cómo es posible que, solo con su mirada, este unicornio pueda virar mi mundo al revés?

Estiré lentamente mi mano y acaricié su pelaje. Me acerqué más, y la punta de su testa rozó mi pecho. Una agradable sensación de bienestar recorrió mi cuerpo. Como si mi alma hubiera renacido. Era como electricidad, mariposas revoloteando en mi interior. ¿Será esto la felicidad de la que tanto hablan? Qué lejos estaba de comprender el alma pura de este cuerpo de añil. Una no, cientos de canciones tiene que dedicarte. Claro que su dueño tiene que soñar con ángeles. No se puede mantener presa a la esperanza. ¡Vida por encima de la muerte!

¡Fuera las cuerdas! Regresa junto a los tuyos a repartir sueños. Ve a pastar, a soñar… ¡a repartir amor!

Acabo de comprender de dónde nacen las lágrimas.



**ROCKY, EL ALEMÁN DOMINICANO**

**Por María Méndez**

Para comenzar mi relato, quiero hablar de un tema bastante importante para la comunidad protectora de animales. Vivimos en una era inmersa en tecnología, el asunto de redes sociales va en aumento, el ocio no se ausenta de las mentes humanas y es crítico el nivel de crueldad hacia la población animal. El respeto a la vida silvestre ha ido disminuyendo en algunas personas en distintas partes del mundo; sin embargo, aún hay gente que promueve la compasión y generosidad, y sus obras trascienden fronteras, como es el caso de los rescatistas de animales, entre otros oficios que también son loables.

Hablar de nuestras mascotas es adentrarse en un mundo de travesuras, ocurrencias y de momentos inigualables y, ¿por qué no decirlo también?, "inolvidables". Pese a que no son de nuestra misma especie, son capaces de comprender y aprender, adaptarse y sujetarse a nuestras reglas al domesticarlos. Dejan de ser extraños para nosotros y los hacemos parte de la familia.

Les voy a contar una breve historia que conocí hace meses en una red social y es para mí un privilegio compartirla.

Cierto día, paseando por los pasillos de Animaladas en una página web, me encontré con un comentario que llamó mi atención y leí detenidamente una prosa la cual me cautivó instantáneamente. Para mí fue imposible evitar teclear al emisor y pedirle que me contara más sobre la criatura que le inspiró tan hermosas palabras. Al conocer parte de su historia por este mundo, me enterneció. Se trataba de un pastor alemán llamado Rocky, el cual vivió en un hogar en una ciudad de República Dominicana, junto a un hombre cuyo oficio era marín de navío y su hermosa familia.

Me abalancé y le propuse escribir parte de sus vivencias y aquí logré compilar fragmentos de la conversación. Me habló de lo valioso que fue ese gran amigo peludo. Estas son sus palabras sin mi intervención:

El Marín

—Bueno, lo primero es que su nombre verdadero era Rocky. Yo particularmente le llamaba Rocko, cuando estuvimos en momentos muy especiales, por ejemplo, cuando solía rascarle la panza. Uno de los momentos más divertidos y/o vergonzosos lo pasamos una vez cuando, en la sala de nuestra casa, recibimos la visita de una familia muy apreciada y respetable, compuesta por el padre, la madre y los dos niños, compañeritos del colegio de mis hijos. Rocky, como de costumbre, estaba siempre suelto en la casa. Era un cachorro de algunos 5 meses, pero muy juguetón y alegre. Bueno, cuando llegaron, yo los saludaba con gran emoción y un abrazo a mi amigo, y la familia hacía lo propio, mientras el perro meneaba la cola y saludaba también, porque le encantaban los niños. Mi amigo, siempre respetuoso de este cachorro tan enorme, trataba de guardar distancia y lo saludó tímidamente, pues te digo que la familia estaba aún de pie, todos parados frente a él, y el perro fue donde el papá (mi amigo) y, haciéndole fiesta, se colocó de frente, sentado, directo a su parte íntima, y le dio lo que se llama una trompada con el hocico, bien pícaro, que rompió el hielo y todos nos morimos de la risa. ¡Dios, qué vergüenza! Imagínate, fue como un picotazo de un gallo, pero con la boca cerrada.

Siempre que llegaba de trabajar y él estaba en el patio, se paraba en la ventana para saludarme. Cuando estaban cerradas, las empujaba con el hocico hasta zafar el peldaño y poder tocar su nariz fría a mis manos, o para que lo besara. Varias veces hasta le daba demasiado fuerte y las rompía, ja, ja, ja. Entrabas a mi cuarto y los dos o tres peldaños de las

celosías de vidrio estaban que faltaban, ja, ja, ja. ¡Oh, Dios, ¡cuántos recuerdos… qué fuerte era mi niño! —acentuó.

Sus palabras son como bocadillos de ternura. Es increíble ver cómo han pasado los años desde que el cachorro ya no está con él y su familia, y lo recuerdan con tanta nitidez.

Al leer su experiencia, no queda duda de lo importante que la criatura fue para este ser humano. Las mascotas son un verdadero regalo de la creación de Dios. La intencionalidad de escribir acerca de ellos es concientizar a la población de brindar respeto y amor por la vida animal. Conocer esta linda historia me llenó de ternura y es por ello que se los cuento. Al igual que él, en algún momento nosotros también hemos tenido un cachorro que nos ha enamorado, y aunque ya no esté, seguiremos amando su recuerdo hasta el final de nuestros días.

Culmino con esto:

La evolución del hombre de alguna manera lo ha llevado cautivo y se ha convertido en su propio depredador…

Hagamos de lo que queda del mundo un lugar agradable para quienes no pueden defenderse de la humanidad.



**MALÚ**

Por: Daymi Pacheco Avellanes

Vivo en un apartamento, y tener una mascota nunca me pareció una buena idea. Sin embargo, cuando llegó la pandemia y nuestras vidas eran tan inciertas, decidí darles a mis hijos una alegría. Ante la propuesta eminente de una muerte que llegaba sin avisar, quise poner su atención en otra cosa que no fuera la tristeza que se vivía por aquellos días.

Su nombre era Malú. Tengo que recalcar que, solo por la incertidumbre que se estaba viviendo y la ilusión que tenían los niños, acepté traerla a casa.

—Mamá, Alberto está buscando a alguien para regalarle una perrita. Es una cocker —decía mi hija toda ilusionada.

—¿Una cocker? ¡Son locos esos perros! —respondía yo alarmada.

Y en ese vaivén me dejé convencer.

Eran como las cinco de la tarde cuando vi a mi hija que se acercaba con una perrita entre sus brazos. Me persigné para aliviar la inseguridad de haber tomado la decisión correcta.

Llegó, me miró, la miré y en sus ojos me perdí. Había una tristeza en ellos que no pude describir. Diría que estaba resignada a enfrentar su nuevo destino. No éramos la familia en la que había crecido, ellos la habían regalado. Creo que sentí tantas emociones mirando esos ojos que me enamoré al instante de ella. Le hablé y le dije que iba a estar bien. ¡La besé tantas veces tratando de borrar su angustia que no me percaté de la risa burlona de mi hijo hasta que dijo desde el balcón:

—¡La que no quería perros!

¡Fue amor a primera vista!

Cuando puso sus paticas en su nuevo hogar, comenzó a olfatear todos los rincones en busca de un olor conocido. Se veía intranquila, caminaba con el rabo entre las patas. Cuando estuvo segura de que allí nada era conocido para ella, vino hasta mí. La tomé en brazos y comenzó de nuevo la lluvia de besos. En mi corazón podía sentir su angustia.

Poco a poco fue dejando atrás aquella melancolía. Nos veía llegar y movía su cola alegre. Salía a pasear por las tardes, jugaba con otros perros, y tenía un amor platónico con un Golden Retriever que se escapó una vez y vino en busca de su dama. Fue muy romántico. Ella, detrás de la puerta, inquieta, y él, del otro lado, la olfateaba. Abrimos. Su alegría fue tan contagiosa que todos comenzamos a reír. El dueño llegó un poco sofocado por la carrera. Cuando vio la escena, no pudo más que sonreír.

—Así es el amor —dijo.

Malú se convirtió en parte de nuestra familia. Aprendió a hablar sin pronunciar palabras, y nosotros aprendimos su lenguaje de forma clara. Entregaba tanto amor que era imposible no quererla. Adoptó nuestros hábitos. En las mañanas iba a saludar y metía su hocico entre las sábanas. No le gustaba el baño, pero disfrutaba que la peinaran y le secaran el pelo. Retozaba corriendo de un lugar a otro, era como una niña pequeña.

Un día enfermó, y corrimos de un médico a otro para aliviar su mal. Aún al recordarla siento profundo dolor. Las crisis cada vez fueron más recurrentes, hasta que una mañana, al llegar a casa, ella vino a recibirme. Apenas podía caminar. Hizo un esfuerzo por llegar hasta mí. Al verla comencé a llorar y la tomé en brazos. Ella lamía mis lágrimas como señal de consuelo. La examiné y me di cuenta de que tenía una cianosis distal que denotaba la falta de oxígeno en su sangre. Ya no había nada que hacer, pero corrimos al veterinario. Le hicieron varios exámenes, y allí, en el salón de espera, comenzó a respirar con dificultad. De camino a casa

falleció. En aquel momento hubiese dado todo lo que tenía con tal de salvarla. Grité abrazada a su cuerpo sin vida. Sentí que con ella se iba un pedazo de mí.

Han pasado cuatro años, y hablar de ella me causa aún profundo dolor. La amé tanto que no creo que tenga valor para tener otra mascota, porque ese lugar siempre será de ella, mi Malú amada.



**EL PERRO DE MI ABUELO**

**Por: Carmen Y. Morales**

Mi abuelo Leo siempre fue amante de los perros. Era agricultor de pura cepa. Tenía una finca enorme de plátanos y disfrutaba tocar la guitarra, el cuatro y cantar aguinaldos. Recuerdo, como si fuera ayer, el día que le regalaron un perrito, poco después de que muriera el que tuvo por casi doce años. Todos estábamos felices, porque así no estaría tan solo.

—¡Al fin compañía para el viejo! —dijo mi papá al ver el perrito sato que le había regalado una vecina.

El perro era una cosa rarísima. Al principio parecía bonito… más o menos. Bueno, cuando son pequeños todos son tiernos y hermosos, pero fue creciendo… ¡y qué susto! Se volvió largo, con patas flacas y torcidas, el pelo despelucado. Tenía un color mezclado entre marrón, blanco sucio y negro borroso. Los dientes de abajo los tenía hacia afuera como si necesitara "brackets". Cuando lo acariciabas, su pelo era algo áspero y duro.

—¡Ave María, eso no es un perro; eso es el hijo del Chupacabras! —gritó mi prima.

Le pusimos Halloween porque parecía estar disfrazado de feo todo el año. Pero, aunque era feo con ganas, tenía el corazón más bonito del mundo. Se enamoró del abuelo desde el primer día y no se despegaba de su lado ni para ir al baño. Era como su sombra, como uña y mugre. La abuela a veces decía:" Ahí vienen Batman y Robin." Nos daba mucha risa las comparaciones y bromas que les hacíamos.

Acompañaba al abuelo a la finca, le cuidaba los plátanos y hasta parecía que escuchaba sus canciones. Porque, claro, el abuelo era tremendo cantante de aguinaldos y, en pleno julio, parecía que estaba dando parrandas y tocando su guitarra vieja o su cuatro. Si mi papá se

aparecía, ambos comenzaban el jolgorio y así seguían llegando los vecinos, primos y cualquier arrimao del barrio.

—¡Yo canto cuando me da la gana! ¡Navidad es una actitud! —decía mientras la abuela lo miraba mal por el alboroto que formaba.

—¡Actitud de borracho! — decía la abuela.

Halloween lo escuchaba como si estuviera en la primera fila de Bellas Artes. Pero si había algo que sacaba a mi abuela de sus casillas, más que los aguinaldos en verano, era el "juanetazo" que se daba el abuelo de vez en cuando.

—¡Leo, después no vengas quejándote de que te duele la cabeza y que estás mareado! ¡Estás apestoso a ron! —gritaba, abanicándose con el primer cartón que encontraba.

El abuelo sonreía con esa carita de "me cogieron", bajaba los ojos, hacía una mueca y se sentaba en su sillita plástica como si nada. Y Halloween ahí, fiel, hasta con la misma cara de "yo no vi ná".

Pasaron los años: diez, para ser exactos. Diez años de aguinaldos fuera de temporada, regaños, cosechas de plátanos y caminatas por la finca. Diez años de un amor sincero, honesto y, ante todo, leal.

Y entonces llegó el día grande: el abuelo cumplió cien años. ¡Cien! Lo celebramos como si fuera un baby shower. Hubo pasteles, lechón, arroz con gandules, piña colada sin alcohol (para los niños) y con alcohol (para los que no querían recordar nada). La música no podía faltar. Seguían llegando personas con instrumentos, pleneros, congas, güiros y maracas. El abuelo bailó plena con Halloween, quien parecía su guardaespaldas. También se bebía sus traguitos a escondidas de la abuela… Halloween no se movía de su lado, como siempre. Ese día el abuelo lo disfrutó mucho, al igual que todos nosotros.

El abuelo seguía trabajando la finca a sus cien años. Todos le decían que era peligroso y que debía quedarse tranquilo ya. Él decía que la edad era un número y que se sentía como un muchacho de veinte. Así que no nos hizo caso y, unas semanas después, sufrió un ataque al corazón en plena finca. Ese día Halloween empezó a ladrar como loco. Corría de un lado a otro, tirándose en el suelo, rascando la tierra, tratando de llamar la atención.

Mi papá, que iba siempre a darles la vuelta, lo vio desesperado.

—¿Qué le pasa a este perro loco? —dijo.

Halloween le ladró, lo haló del pantalón y salió corriendo como si dijera: “Sígueme, ¡es urgente!”.

Mi tío llegó justo en ese momento.

—¿A dónde va ese perro?

—¡Ni idea! Pero creo que quiere que lo sigamos; está muy raro.

Guiados por el perro más feo, pero más inteligente que ha pisado el mundo entero, encontraron al abuelo tirado en la finca, consciente, pero débil.

—¡Dios me los bendiga y a Halloween también! —dijo el abuelo con una sonrisita—. Halloween tiene mejor sistema de emergencia que el gobierno.

Lo llevaron al hospital. Duró unos días… pero no se recuperó. Partió tranquilo, como vivió: con humor, música y el amor de nuestra familia y sobretodo de su perro fiel.

El día del velorio, Halloween se plantó junto al ataúd y no se movió ni para comer. Tres días enteros velando a su mejor amigo, sin soltar ni un solo ladrido. Parecía entenderlo todo. Se veía triste. Casi no comía.

El último día del velatorio, en la sala de la casa, Halloween soltó un aullido largo, agudo, que nos dejó helados. Y luego… desapareció. Pasaron los días; todos lo buscaban, pero nadie lo volvió a ver jamás.

Nosotros, los nietos, publicamos su foto en las redes (la que no salía tan feo). Nada. Nunca más supimos de Halloween. Lo único que recibíamos eran comentarios de lo valiente e inteligente que era el perro de mi abuelo, y nunca faltó algún imprudente que hiciera algún comentario sobre lo feo que era.

Mi prima, para tranquilizarnos, decía que seguro lo había adoptado otra familia, pero todos en casa sabíamos la verdad: Halloween no desapareció. Se fue con el abuelo.

Algunos vecinos del lugar dicen que, después de los rosarios, cuando se dirigían a sus casas, escuchaban una guitarra desafinada y un perro ladrando… como si siguieran cantando aguinaldos.

En julio…



**PEPE EL CARBONERO**

Por: Anniabel Martinez

Mi nombre es José Ramírez, pero todos me conocen por Pepe el carbonero. ¡Qué ironías del destino! Quien me ve, con mis uñas impregnadas de tizne, no se imagina que alguna vez fui un prodigio del piano. Un niño portento. Un concertista joven. Hasta que pasó lo que ya todos sabemos. Después del impacto o "Día de la Resurrección", ser carbonero es la única profesión que existe para la mayoría; al menos eso creo, o eso creía hasta hace muy poco. Ahora estoy muy confundido…

Mis manos son ásperas y mis dedos, trozos de carne maltratada. Algo que siempre me he preguntado es por qué le pusieron "Día de la Resurrección". Será para romantizar un destino lleno de cenizas; sin ser precisamente los sobrevivientes, aves de Fénix.

No me gusta recordar mi vida anterior, prefiero pensar que siempre fue así. Levantarme temprano, recoger raíces, alimentar los hornos, mal alimentarme yo, recoger las cenizas en sacos y finalmente dormir con un hambre del carajo. Así hasta que hay que sacar el carbón caliente, crujiente, echarlo en sacos y esperar al recolector. Es cuando tengo algunas monedas para comprar pan, azúcar, agua, y con suerte, alguna botella de alcohol barata.

Mi vecino más cercano se encuentra al otro lado de la colina; un cisquero igual que yo. Nos vemos una vez al año, cuando las nubes se hacen menos densas y se ilumina la cima de la colina. Ese día nos reunimos todos los carboneros de la zona; cada vez somos menos. Cada vez estamos más flacos. Cada vez nuestras manos parecen más apéndices de cangrejos que de personas. Nos emborrachamos. Apenas hablamos. Como si no fuera necesario. Como si las palabras resultaran incómodas e inservibles. En estos años, nuestros encuentros habían transitado por todo tipo de etapas, hasta llegar a un sentimiento nuevo parecido a la desidia.

Negocié diez sacos de carbón por unas cuantas hojas amarillas para escribir esta historia con pedacitos de tizón. No la que les he contado, la que estoy por relatar.

Resulta que hacía diez días estaba soñando una y otra vez con un lobo. Después del impacto se habían extinguido; como la mayoría de los animales. Así que el recuerdo salía de alguna conexión anterior en mis neuronas. Aunque realmente no creo haber visto uno, al no ser, en algún programa televisivo. Entre el humo de los hornos, sus ojos azules me observaban, era cada vez más visible, y sus dientes afilados comenzaban a intimidarme. Me despertaba en el instante en que corría en mi dirección, aliviado de que solo fuera un sueño. Una jugarreta de la mente. En el día, cualquier ruido de rama seca abatida por la ventisca habitual me hacía saltar, esperando que de un momento a otro aparecieran aquellos ojos amenazantes. Para aliviar la tensión, reía de mí mismo, me burlaba de esos miedos tontos y seguía la faena, no sin dejar de saltar de vez en cuando.

Pero hace dos noches llegó a saltar encima de mí. Luché con dientes y uñas para quitarme a la fiera de encima. Sentí su aliento en el rostro, la baba corría por sus colmillos haciendo un hilo transparente que caía en mi cara. Logré zafarlo y me mordió la pierna izquierda. Un ardor lacerante me despertó. Tenía el muslo desgarrado. No he vuelto a dormir. Aunque de todas formas moriré de una infección, tengo miedo a morir devorado por un animal salvaje. No tiene sentido… Ahora nada lo tiene… En algún momento, tendré que dormir, estoy muy cansado y mareado. Estoy…

En ese momento me veo caer vencido. Aparecen muchos ojos azules, muchos colmillos. Una manada entera se abalanza sobre mi cuerpo. Comienzan a devorarme mientras se oye una melodía de piano de fondo. Ahora todo tiene sentido…

Comienzan a pasar los créditos y los espectadores se han quedado inertes, inmóviles, impávidos; una especie de anestesia general, hasta que uno comienza a aplaudir.

Inmediatamente los aplausos se riegan y explotan como dinamita mientras se ponen de pie. ¡El cine estalla!

Ese año obtuvimos el premio de la crítica en el Festival de Cine Latinoamericano. Hace ya cuatro años, y si me preguntan quién soy, aún respondo: Pepe el carbonero.



**ABDUCCIÓN**

**Por: Ariel Sosa Mansilla**

Allí estaba sentado en la barra del bar bebiendo su vaso de vodka. Genry saboreaba lentamente el sabor de su bebida. De repente se le acercó una mujer morena de largos cabellos negros, quien vestía ropas oscuras. La mujer tendría unos treinta años, ojos negros y bellas facciones. Miró al hombre y le preguntó:

—¿Genry Vodka? —preguntó ella.

—Sí, con él habla. ¿Qué desea de mí?

—Me han dicho que usted pertenece a la Agencia de los Hombres Evanecentes.

El hombre emitió una fuerte risotada al escuchar las palabras de la mujer.

—Dicen tantas cosas de mí: que soy un borracho, que soy un hombre evanecente, y en una sola aciertan: que soy aficionado al vodka.

Dicho esto, apuró el trago de su vaso, para pedir luego otro.

—Me habló de usted María Isabel Méndez, policía de Nueva York. Mi nombre es Anniabel Martínez.

—María… mi hermanastra de copas. ¿En qué puedo ayudarla?

—La CIA ha desclasificado un caso de avistamiento de un OVNI que fue observado por tres testigos hace más de treinta y cinco años. Uno de aquellos testigos del avistamiento fue mi padre.

—¿Y qué ocurre con ello?

—Que mi madre es una antariana, tripulante del OVNI que por error llegó aquí a la Tierra. Ella se enamoró de mi padre, abandonó su planeta natal y se quedó a vivir aquí, donde ha hecho toda una vida.

Uno de aquellos testigos, Karl Sullivan, habló de lo que sucedió aquella noche ante gente de la CIA. Primero lo tomaron como un chiflado, pero luego comenzó a llevarles partes de la nave, la cual era tripulada por mi madre y un compañero más.

Allí la agencia gubernamental norteamericana comenzó a investigar el origen de aquellos materiales, y determinó, luego de todo tipo de estudios que realizaron, que no eran de origen terrestre.

A partir de allí comenzaron a indagar a Sullivan, quien comenzó a proporcionar más datos de lo que había sucedido aquella noche en el Desierto de la Punta de Atacama, en Chile.

Mi madre necesita protección diplomática de los Hombres Evanecentes. La CIA sabe que mi madre no es terrestre. Temo por la vida de ella y la de mi padre.

—Es grave el caso…

Se bebió su segunda copa de vodka, miró su reloj consultando la hora y preguntó:

—¿Puedes darme con precisión la fecha en que ocurrió el hecho del avistamiento?

—El 19 de marzo de 1990.

—Perfecto.

Apretó una de las teclas de su reloj pulsera digital y ambos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

De repente aparecieron en una habitación en penumbras. La ventana estaba abierta y podía observarse el firmamento estrellado y la luna brillando en todo su esplendor.

Unos gemidos y el movimiento agitado en el lecho, cuyo ruido del traqueteo se escuchaba, captaron la atención de los recién llegados. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad y pudieron observar que en aquel lugar se estaba desarrollando una escena amorosa.

—Esto no es el lugar del avistamiento —dijo Genry en voz baja a su compañera.

—Ya me di cuenta —respondió ella—. Este lugar me es conocido, es la habitación de mis padres.

—Pues vaya, se ve que están trabajando en horario insalubre —comentó irónicamente Genry.

—No seas así… son mis padres.

—No deberíamos estar aquí, me diste mal la fecha…

—No… —respondió una voz desde la oscuridad proveniente desde la cama.

La luz de la habitación se encendió y allí estaban presentes un hombre y una mujer perfectamente vestidos.

—Bienvenido, Genry. Lo que usted vio y escuchó fue creado por el módulo de ilusiones atemporal, para ocultar nuestra presencia.

—No entiendo nada…

—Has venido a esta época porque, como te explicó mi hija, ha comenzado una persecución en contra de Adhora, mi esposa, que es nativa de Antares. La CIA ha comenzado a realizar incursiones temporales en el pasado tratando de hallarnos.

—Algo me contó… pero no entiendo cuál es mi papel en toda esta trama si soy un Hombre Evanecente, y mi misión es tratar de brindar protección a la vida interplanetaria.

—Porque tu yo del futuro nos trajo hasta aquí, Genry. Pero pudimos conocer, por medio de informantes, que tu vida corre peligro porque la CIA sabe quién realmente eres.

—Por eso, mi querido yerno, has sido abducido —dijo de pronto Adhora—. Eres parte de la familia.

—¿Familia?

—Sí. Lo irás descubriendo con el tiempo y el significado de mis palabras. Por lo pronto, beberemos un rico vodka proveniente de la lejana Rusia.

Adhora sirvió el contenido de la botella en cuatro vasos. Luego, los presentes tomaron cada uno el suyo y bebieron su contenido.

Genry, perplejo, confundido, no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, pero la voz de Anniabel lo sacó de sus cavilaciones.

—Bebe tu vodka, querido… ahora no entiendes nada, pero te hemos salvado la vida —dichas estas palabras, la bella morena le dio un apasionado beso en los labios al hombre, quien captó la invitación directa de continuar explorando e indagando en otros lugares más discretos para saber por qué estaba en aquel lugar.



**EL ÚLTIMO MENSAJE DESDE ARECIBO**

**Por: Carmen Y. Morales**

La ciencia siempre ha sido mi pasión, especialmente la astronomía. Desde niña me encantaba mirar las estrellas y los planetas. Las estrellas fugaces eran mis favoritas; daban pie a pedir deseos que anhelaba cumplir. Uno de mis grandes sueños era convertirme en astrónoma y astrofísica, y lo logré. Trabajé en Estados Unidos, pero cuando abrieron el Radiotelescopio de Arecibo en Puerto Rico me trasladé a mi isla para estar cerca de mi familia. Además, ser parte del radiotelescopio fue determinante para varias investigaciones sobre los planetas. Déjame relatarte un poco sobre cómo era este lugar y su importancia para el mundo, aunque todo esto ya es historia.

El Radiotelescopio de Arecibo fue el mayor del mundo de plato único. El lugar donde se construyó debía estar cerca del ecuador para que, además de estudiar la ionosfera, pudiera usarse para investigar los planetas y la posibilidad de vida en alguno de ellos. La localización ofrecía una gran ventaja, ya que contaba con un terreno cársico, con grandes sumideros de piedra caliza. En 1960 comenzó su construcción. Al principio, todo era expectación, pero luego se convirtió en uno de nuestros más preciados tesoros de la isla.

Fueron muchos los logros, y me llena de orgullo decir que fui parte de este grupo de científicos. La lista es larga, pero entre tantas cosas logramos estudiar objetos lejanos o de baja emisión, como los pulsares (estrellas de neutrones en rotación), y analizar en detalle la distribución del hidrógeno, el átomo que constituye la mayor parte del universo y del material interestelar en las galaxias.

En 1968 se descubrió un púlsar en el centro de la Nebulosa del Cangrejo, el remanente de una explosión supernova que giraba a la increíble velocidad de 33 milisegundos, unas 30

revoluciones por segundo. Fue fascinante cuando descubrimos el primer planeta extrasolar, hicimos el primer mapa de la superficie de Venus y enviamos el "Mensaje de Arecibo" al espacio en un intento de comunicación con vida extraterrestre. También estudiamos la ionosfera y las señales de radio, lo cual permitió avances en las telecomunicaciones y en la comprensión del clima espacial, además de detectar moléculas interestelares que contribuyeron al origen de la vida.

Se me aguan los ojos al describirte todo lo que pudimos hacer en tan poco tiempo. Mis compañeros Russell Hulse y Joseph Taylor fueron piezas clave en la reafirmación de la Teoría de la Relatividad de Einstein con el descubrimiento del primer sistema de pulsares binarios, lo que les permitió ganar el Premio Nobel de Física en 1993. Fueron demasiados los logros. Por eso, cuando nos dijeron que dejaríamos de operar, fue uno de los días más tristes de mi vida. El radiotelescopio ya no aguantaba más. El 1 de diciembre de 2020 colapsó y, con él, una cantidad de sueños y metas por cumplir.

Pero lo que más me preocupaba era la posibilidad de que un asteroide gigante pudiera llegar hasta el planeta. Verás, en uno de mis turnos nocturnos me di cuenta de que existía la posibilidad de que este asteroide impactara la Tierra. Quizá no de manera inmediata, pero debíamos estar atentos para tomar las medidas necesarias y proteger nuestro planeta. Para mí, el riesgo de impacto era alto, pero mis compañeros no veían razón para preocuparnos. Sin embargo, yo sabía que no tardaría mucho. El colapso del radiotelescopio nos dejó sin la posibilidad de seguir monitoreando.

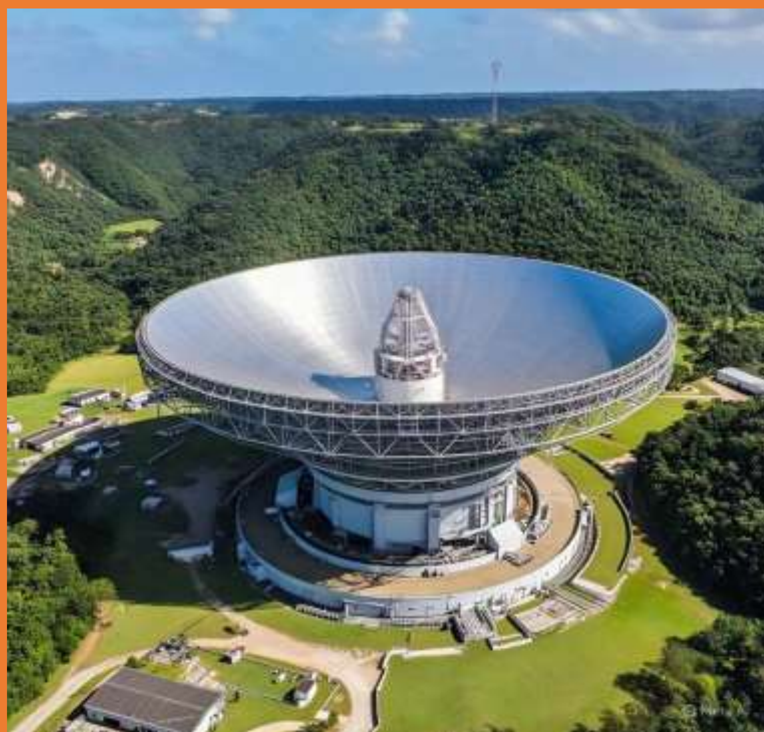
Hoy nos enteramos de que su impacto será inminente y ya no podemos hacer nada. ¿De qué vale reclamar a las autoridades y al gobierno? ¿De qué me sirve recriminarles a mis compañeros? Nada cambiará nuestro destino. Ayer hablé con algunos de ellos por teléfono.

Lloramos y nos arrepentimos de no haber hecho nada antes. No dije en ningún momento "se los dije" porque ya no tiene sentido.

Si el tungsteno con un revestimiento interno de aerogel de sílice, como dicen, tarda mucho tiempo en descomponerse y soporta altas temperaturas, asumo que esto que te he escrito podrás leerlo. Ruego a Dios que lo encuentres y que puedas ayudar a seguir escribiendo la historia.

No sé quién eres ni en qué tiempo lees esto. No sé si lo haces desde los escombros de lo que fue nuestro mundo o si la Tierra aún resiste. Pero si puedes leerme significa que la humanidad no desapareció en su soberbia o en su ceguera. Que alguien sobrevivió al fuego, al impacto, al caos. Aquí te dejo una parte de nuestra historia encapsulada que resistirá lo que nosotros no pudimos. No para que recuerden nuestro fracaso, si no para que no cometan los mismos errores y sobretodo que no vuelvan a ignorar las señales. Si el universo les da otra oportunidad, no la desperdicien…

**Sarah Ramírez**



**NUEVO DESTINO**

**Por: Celso Santana Flores**

Me acerqué con cautela a la cabaña, era muy pequeña y vieja, casi derruida. Aun así, decidí entrar, pues preferí resguardarme del intenso frío del bosque, y por si acaso, de los lobos también.

Hacía varias horas que había caminado y, a mi pesar, reconocí que estaba por completo perdido. Lo cual me pareció ilógico; desde niño caminé por cualquier sendero conocido y por conocer, me sabía de memoria todas las laderas… entonces, ¿qué pasó?

El frío y el hambre me perturbaban, y, por si fuera poco, la noche estaba por caer. Al abrir la vieja puerta de madera de aquella cabañita maltrecha, la luz del día estaba por extinguirse.

Decidí entrar, y la penumbra interior me dejó ciego. Me detuve por unos momentos antes de continuar, hasta que pude distinguir algunas sombras borrosas. Así como el exterior, por dentro tenía el mismo aspecto. Una mesa de madera apenas en pie, unos bancos alrededor, volcados sobre el suelo, paredes de troncos con fisuras.

Por suerte traía un pedernal con el que hacer un poco de fuego. Descargué la bolsa de cuero sobre la mesa, esperando que no se derrumbara. Identifiqué la chimenea y me dispuse a salir de nuevo para conseguir un poco de leña, y si la conseguía pronto, tal vez me diera tiempo de preparar alguna trampa para comer algo por la mañana.

Pero antes de continuar con mi plan, distinguí una mesilla cerca del rincón, y sobre ella, unos objetos dispersos, polvosos.

Los objetos eran los siguientes: una brújula antigua, con el cristal cuarteado; un violín de ciprés, al cual le faltaba una cuerda; una lámpara de aceite rota por cierto y, por lo tanto,

inservible; un sombrero de copa desgastado; una pluma de pavo real, y un reloj de bolsillo, estos últimos al parecer en buenas condiciones.

Me dispuse a inspeccionarlos, mas apenas acercarme me sobresaltó una nota inquietante:

“Para tu deseo conseguir,

Tienes que saber elegir.

Las cosas dispersas son,

Por una simple razón.

Confía en ti, hombre del hacha, solo puedes usar uno.”

Estaba desconcertado. Sí. Soy el Hombre del Hacha, pues soy un leñador, y es el oficio que he tenido por más de veinte años, aunque…

No me atreví a tocar ninguno de los objetos, ¿qué clase de magia era esta? ¿Acaso este lugar está embrujado?

Así que, de acuerdo con este raro escrito, solo debo usar uno. Supongo que solo puedo tomar un objeto. Y no sabía cuál. Todo era tan extraño. Dudé por largo tiempo, no sé cuánto, pero la luna salió y se ocultó de nuevo entre las nubes, los lobos aullaron y las bestias nocturnas rodeaban la cabaña con sus ruidos extraños y sus pasitos sigilosos.

Estuve a punto de elegir la brújula, aun cuando me temía que era ya inservible. Al punto de tomarla, algo dentro de mí me detuvo. Con la mano suspendida justo encima, volví a pensar. Pensar, sentir, recordar, decidir. Miré los objetos dispersos. Retrasé mi brazo antes de volver a elegir. Sí, lo sabía. No bastó mucho para decidirme. De nuevo, algo en mi interior lo supo.

Al tomar mi objeto, la nota cambió:

“Bien hecho, hombre de ideas.”

También, justo al tomarlo, amaneció. La luz del sol penetró a través de las rendijas de la maltrecha cabaña. Un aroma cálido llegó desde el exterior; era el suave olor a tierra húmeda y flores. Y el trinar de las aves, con esa melodía con la que reciben a un nuevo día.

Salí, con mi objeto en la mano. La pequeña puerta chirrió para mostrarme un paisaje hermoso y colorido. Era la ladera opuesta al poblado donde nací. Lo reconocí de inmediato. Todo me era familiar. Ya no estaba perdido y tal vez nunca lo estuve.

Salí con un nuevo sentir. Con nuevas expectativas. Un nuevo horizonte se abrió ante mí.

Hombre de ideas, decía aquella nota mágica. Sí. Soy el Hombre de Ideas, y ya lo había olvidado. Un hombre de letras que dejó sus ideales por las circunstancias de la vida. Un hombre que había dejado la promesa hecha a su padre en su lecho de muerte. Suspendí mis poemas y mis escritos, pero no lo haré más. Hoy, he retomado mi pasión para alegrar al mundo.

Ahora miro la hora en el reloj de papá que tengo en mi mano, y camino hacia mi nuevo destino.



**LA NIÑA CON LA ESTRELLA CELESTE**

Por: Nelson Pérez

Cada noche, antes de rendirme al sueño, me detengo por un instante. Respiro hondo y dejo que las palabras salgan, un murmullo que llena el silencio de mi cuarto. Es un mantra, es mi forma de soltar todo lo que cargo: amor, sinceridad, mi esencia misma. Mientras lo recito, imagino un escudo, un color que nace de la intensidad apasionada del rojo, de la alegría y la felicidad del amarillo, y la empatía, la armonía, la amistad, la confianza y la paz que el amor conlleva en la vida del azul, envolviendo a quienes amo. Veo sus rostros: ella, con esos ojos que me atraviesan sin esfuerzo; mis hijos, riendo como si nada pudiera tocarlos; mis amigos, mi familia, todos protegidos en esa barrera que dibujo con mi mente. Termino, y siento que algo se desprende de mí, una carga que no quiero llevar a la cama. Me quito la ropa, pieza por pieza, como si con cada una dejara atrás la suciedad del día. La sábana me recibe, fría contra mi piel, y me cubro hasta el cuello. Cierro los ojos. Mi corazón late lento, tranquilo, y el sueño me atrapa casi sin darme cuenta.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero, de pronto, un zumbido me arranca de esa paz. Es un sonido mecánico, grave, como si una máquina monstruosa hubiera despertado a mi alrededor. Todo tiembla, el aire se vuelve pesado, y no veo nada. La oscuridad me aplasta, densa, impenetrable. Siento un giro constante, un vértigo que me revuelve el estómago. Algo corta el aire cerca de cuerpo se sacude sin control. El pánico me agarra la garganta. ¿Qué está pasando? Intento moverme, pero estoy atrapado, a merced de esta fuerza que no entiendo. Entonces, un olor me golpea, intenso y dulce. Es ella. Su aroma, el que siempre me hace buscarla a pesar de haber tantas opciones a mi alrededor. Pero no hay consuelo aquí. Abro la boca para llamarla, para gritar, y un líquido espeso me inunda. Sabe a leche

con galletas, un sabor que debería ser agradable a mi paladar, pero que ahora me ahoga. Lo comprendo de golpe: estoy dentro de una licuadora gigante. Mi cuerpo gira sin parar, atrapado en un remolino que me desarma.

Busco mi teléfono en mi bolsillo por instinto, para alumbrar, pero no hay nada. Mi pantalón se fue, mi camisa negra también. Claro, me las quité antes de dormir. Estoy en bóxer, expuesto, vulnerable. El frío me muerde, o quizás es el miedo. Escucho risas. Dos voces, afiladas, burlonas. La segunda me pega como un puñetazo. Es él. Mi amigo, al que le confío mis locuras. Intento gritar su nombre, pero el líquido me silencia, llenándome la boca. Las risas no paran, y mi cabeza se parte en dos. Él no debería estar riéndose. Le conté lo que siento por ella, es mi más crudo secreto, y él me ha jurado que no dirá nada. Pero aquí está, burlándose de mí mientras le cuenta a todos lo que sabe. Siento cómo la traición me aplasta más que este giro interminable.

¿Cómo pude confiar tanto? Lo escucho hablar, sus palabras revelando cada palabra que he dicho.

Siento cómo sus carcajadas se mezclan con mi dolor, y, a pesar de que estoy dentro de un líquido, siento que este momento me quema, y el miedo crece.

¿Y si ella también lo sabe? ¿Y si él le dijo y ahora ella también se ríe de mí? La idea me atraviesa como un filo, cortándome más hondo que el aire que no puedo respirar.

Me encuentro encerrado en este espacio que me aprieta, y el terror me devora. No es solo el movimiento, es no saber cómo salir, no saber qué viene después.

Mi respiración se acelera, pero no hay aire, solo ese sabor dulzón que me asfixia. Quiero despertar, quiero que pare. Entonces, una luz rompe la negrura. Es celeste, suave, y baja hacia mí como si flotara.

Es una estrella que brilla y sonríe. Mi pecho se afloja un poco. Las risas se desvanecen poco a poco. La licuadora enorme se apaga y el zumbido se aleja.

Escucho pequeños pasos, como los de una niña. Observo su rostro, es claro, sereno, y sostiene esa estrella como si fuera un tesoro. Ella me mira.

—Fluye sin resistencia como el agua; arde con la pasión del fuego; mantente firme como la tierra; libérate y expándete como el viento.

Pues los detalles del Supremo están en cosas pequeñas, como esta carita que ves en la estrella. Es un mensaje: que aún puedes sonreír, que el dolor y la confusión no son eternos. Que todo tiene un final feliz.

Al principio no lo entiendo del todo, pero, conforme salgo del sueño, las palabras me envuelven. Una esperanza crece dentro de mí y el miedo desaparece.

Me siento agradecido con el universo porque sé que esto no es el final, es solo un nuevo comienzo.



**¿Y TÚ, QUIÉN ERES?**

Por: Celso Santana Flores

Al principio pensé que seguía dormido, pero no. Estoy despierto, solo que no veo nada. ¡Nada! ¿Pero qué es esto?

Sí, aunque mueva la mirada hacia un lado u otro, lo único que me envuelve es esta pesada oscuridad.

Pero no solo eso. No puedo desplazarme, girar o asirme de algo. Quiero recordar cómo llegué a este lugar y, sin embargo, no lo sé.

Grito con todas mis fuerzas sin resultado alguno. Solo hay oscuridad dentro, fuera y alrededor de mí.

Tras algo de tiempo (" ¿algo de tiempo?"), vuelvo a abrir los ojos (" ¿abrir?") y lo único cierto es esta noche eterna que me rodea.

—¡Auxiliooo!

No siento nada. No sé si estoy vestido o no. No hay frío ni calor.

—¡Alguien, ayúdeme!

No tengo hambre ni sed, pero sí comienzo a llorar en silencio… ¿sin lágrimas?

—Ya no, por favor.

De pronto, yo lo razono. Seguramente estoy dormido. Me pasó hace muchos años. Yo era un niño y desperté inmóvil, como ahora, pero dentro de mi propio sueño, entre oscuridad. Solo me bastó dormir para acabar con eso y despertar normal. ¿Por qué no se me había ocurrido? Esto me tranquiliza. Será mejor que descanse y duerma un poco.

—Nooo. No estás dormidooo…

El susurro me sorprende y me obliga a abrir de nuevo los ojos (" ¿abrir?") y "miro" alrededor, tratando de ubicar el origen del sonido.

—¡¿Quién eres?!

El silencio me responde.

—Desgraciado, te voy a atrapar. ¡Suéltame! ¿Por qué me has traído aquí? ¡Suéltame!

La frustración se apodera de mí.

—¡¿Quién eres?!

—Este es tu destinooo…

Mi corazón late acelerado sin parar. No merezco esto.

—Tú mereces esto…

¿Qué me ha dicho? No he hecho nada.

—Claro que lo has hecho. Te lo mereces.

Pero ¿qué? Ni siquiera sé quién es este idiota que me ha traído hasta acá…

—Sabes quién soy. Y yo no te traje.

—¿Es que me estás escuchando? —lo interrogo con severidad.

Pero no he dicho nada. ¿Es esto un sueño?

—No es un sueño —él susurra.

—Eres malvado. Y por eso estás aquí.

Debe ser un error. No sé ni siquiera quién soy.

—Querías aquella sustancia, la que tanto te gustaba.

No sé de qué habla.

—Antes de tu fechoría. La última, antes de llegar aquí.

Última fechoría. Sustancia. ¡Ah! Un dolor frecuente en mi brazo no me dejaba dormir los últimos días. Sí, lo siento de nuevo. Recuerdo la habitación desordenada y maloliente. La televisión siempre está encendida. Tengo un hambre que no es de comida, pero es insaciable. Una jeringa sucia está tirada en la alfombra. Me alisto para salir con un poco de agua en el pelo crespo, para no asustar demasiado a la gente. Me miro en el espejo. Soy yo, demacrado, ansioso, vacío. Necesito dinero. ¿Fui a trabajar o a pedir prestado?

—¿Quién eres?

—¡No sé quién soy!

La calle es fría después de la llovizna. Camino a tumbos. Necesito otra inyección. Busco disimular y la gente se aleja pronto. Solo pedía un poco de dinero. Solo un poco. El parque está vacío. Me siento en la banca, sintiéndome una miseria.

—¿Y qué es lo que hiciste?

—¡Nada! ¡Nada! ¡Yo no hice nada!

Dormité esa tarde sobre aquella banca. El sudor llegó de improviso, mi cuerpo comenzó a temblar sin control y vomité, casi nada, pues hacía días que no tenía alimento.

—¿Quién eres?

—¡Que no sé quién soy!

Quiero salir de la oscuridad. Hace más frío, hay poco oxígeno y mi brazo sigue doliendo.

—¿Quieres salir?

—¡Siií! Sí, por favor, sácame de aquí.

¿Estoy enterrado? ¿Ya muerto tal vez?

—Termina la historia, me interesa mucho.

Pero no he dicho palabra alguna. Han sido recuerdos, creo.

—Termínala.

El dolor en mi espíritu era más grande que el frío de la tarde y caminé solitario. Una mujer mayor caminaba delante de mí. Conozco esa zona. Hay un paradero de autobuses. Me adelanto. Le exijo la bolsa. Su mirada es de sorpresa. Normal. Grito mucho para asustarla, pero no la suelta, la muy necia. Me repite palabras que no entiendo y la jaloneo. Eso me divierte. Me desespera también. La navaja soluciona todo, pero cae sin soltarme. ¿Por qué no me sueltas, vieja? Necia. No deja de mirarme. Entonces veo esa mirada tierna y comprensiva. Es la misma que me perdonó cuando tiré las tortillas sin querer al regresar de la tienda. La misma que me perdonó cuando ingresé al reformatorio hace tanto tiempo:

—Hijo mío…

—¿Madre? Mamá, no te mueras. ¡Mamá! No, mamá. ¡Por favor!

Escuché el disparo, pero no sentí nada. Al girar vi cómo un policía sostenía el arma hacia mí justo antes de darme cuenta de que el suelo es más frío que el viento, y yo lo único que deseaba era abrazar a mi madre. El mundo se oscurece.

—¿Quién eres?

—Soy un maldito inútil. Soy un desgraciado. Soy un hijo desconsiderado. ¡Perdóname, mamá!

—¡¿Quién eres?!

—Soy una escoria de la sociedad. Soy un drogadicto. Una mala persona. Un tonto. ¡Perdóname!

—No. ¡¿Quién eres?!

No importa quién soy. Ya no importa. La persona que realmente me amó más que nada en el mundo se ha ido por mi culpa. Mi viejita hermosa, Doña Lucy, mi madrecita, que siempre tuvo fe en mí. Estoy vacío. Merezco esto. Merezco morir y sufrir mil veces y desaparecer para siempre. Acabarme ha sido lo mejor que le pudo pasar al mundo, y estoy conforme con

esto. Ojalá hubiera podido darle una vida mejor a ella, y a mí mismo, hacerla sonreír como merecía y cumplirle ese sueño de un hijo honrado y de familia, algo que me fue imposible y, en realidad, creo que es bastante más fácil de lograr. Ojalá hubiera podido hacerlo, mamá. Perdóname. Si este lugar es el limbo, estoy conforme, pues mi madre merece el cielo.

—Así seeea…

Mi dolor cambia por otro desconocido para mí y mucho más fuerte. Hace tanto frío que tiemblo como nunca antes, y la piel entera comienza a dolerme sin parar. Apenas puedo respirar. Pienso que estoy a punto de ahogarme. Aunque estoy dispuesto a morir, aún así lucho por asirme y librarme de aquello que esto sea. Hay mucho ruido a mi alrededor y la oscuridad cambia por una luz tan fuerte que me hace gritar. Las palabras se me escapan. Los recuerdos se disuelven. Estoy muy asustado. De nuevo no sé exactamente quién soy. Antes de olvidar todo, alcanzo a escuchar las palabras de un hombre, al parecer joven, muy jovial:

—Señora Lucía, muchas felicidades. Es un varón..



Literary Review

# RESEÑA LITERARIA

**EL EXORCISTA DE LOS ANHELOS**

Por: Nelson Pérez

Hola, gracias por dedicar un poco de vuestra vida para leerme. No soy un reseñista profesional, pero amo lo que hago, y en esta ocasión les comparto mi impresión sobre una obra que disfruté leyendo.

El Exorcista de los Anhelos es un poemario intenso que me retó como lector.

Al principio me costó entrarle, pero encontré una resonancia de mis propios sentires.

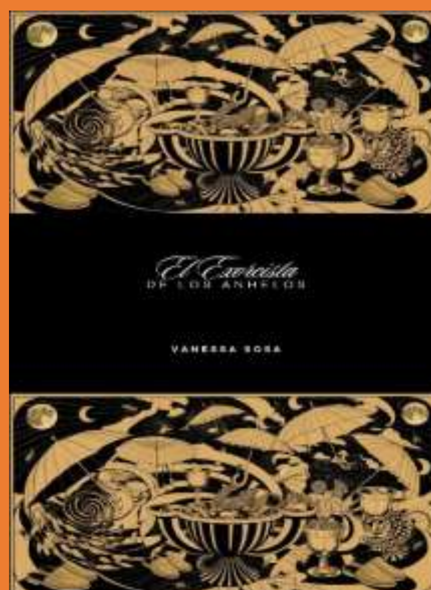
Este libro de Vanessa Sosa no es fácil; es como meterse en un sueño donde todo es grande, doloroso y bello a la vez. Me costó entenderlo, pero sentí que habla de cosas con las que también tengo que luchar, como un amor que me quema por dentro y el deseo de libertad, porque a veces somos presos sin necesidad de jaulas.

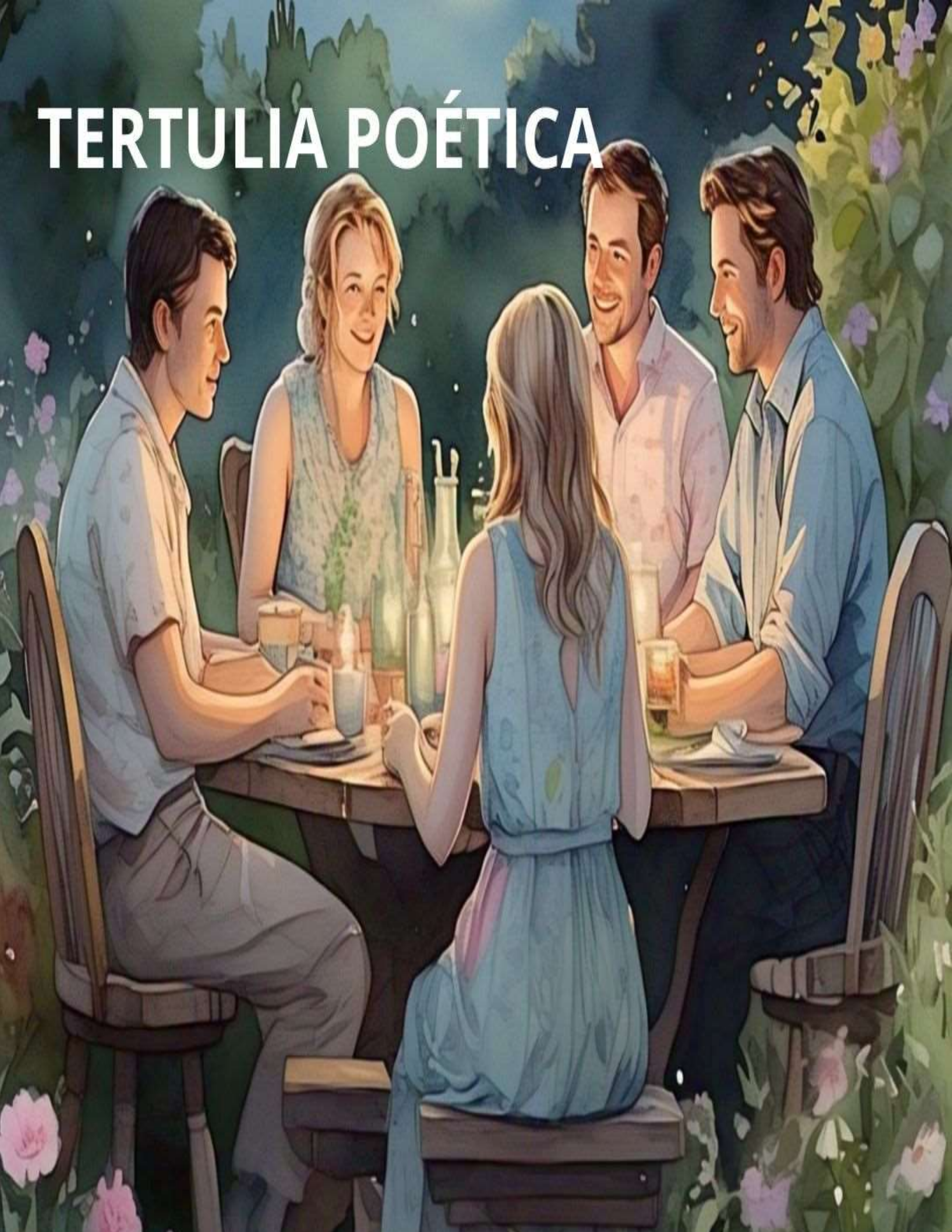
El lenguaje que emplea parece un rezo o un hechizo. Sosa no cuenta una historia, sino que te mete en su corazón, hablando de querer volar, de amores que no se tocan y de pelear con los demonios de adentro, todo con palabras que suenan a catedral.

Si bien puede sentirse pesado en ocasiones, la realidad es que es una obra que vale la pena leer, ya que es la autora gritando al mundo: ¡Chíngate!

Gracias a Vane por concederme el honor de leer en primera mano su libro. Espero que a ustedes les guste tanto como a mí.






TERTULIA POÉTICA

**NOSTALGIA**

**Por: Anniabel Martínez**
**María Méndez**

Al despedirse, su rostro lozano
acallaba la inquietud de mis latidos;
percibía su angustia maquillada
y el sosiego lo arropó al abrazarme.

Le vi partir en el mes de las flores,
cuando el perfume se embaraza de sentimientos,
y volaron, uno a uno, los pétalos,
como vuelan los minutos arrastrados por el olvido.



Aún siento su fragancia entre mis cabellos,
aún siento sus besos colmados de deseos.

**MADRIGAL DE CAMPANILLAS**

**Por: Vanessa Sosa**

Versó en el templo de sus labios una caricia;
besó la destreza de su almíbar durmiente.
Ahí arropaba el augurio de sus cantos-
poemas; él, viejo pese a todo, aún equilibraba
sus pasos sobre el dintel de las playas de la arena.

Furiosa edificaba el dócil madrigal
que se apagaba de su magna corporeidad.
Recordaba su canturreo, la canción del amor
con la que pincelaba trinos y risas y bailes a su cada tarde;
que parecían horadar el universo.

Sus pisadas, su perfume de nacientes acuarelas, disminuía.
Moría otra vez; y retornaría de entre el espacio de los sueños.

Ah, tan efímero.
Oh, amante mortal,
¿aguardarás a que mis extremidades
presten cobijo a la ausencia de tu música?
En el instante en que palmeaba su espalda
y le arrullaba, contemplaba con su decorado génesis el candor de sus ojivales.

Ella era bálsamo; camelias y gipsofilas;
su primavera de verano.
Su todo; su otro yo.
¿Quién equilibraría la regencia que dormitaba
en la calidez que le abandonaba?

Ellos se habían prometido encontrarse en cada vida.

Los dedos engarrotados de él sostenían esas flores.

Ella le había obsequiado sus recuerdos hechos nubes de papel.

—Eres mi beldad naciente, mi rosa del desierto.

Iré a donde tú vayas.

—Juntos podremos soñar estas campanas, que se apagan.

Quédate conmigo —susurra ella entre dolientes espejos.

—Encuentra el rastro de mis pasos. Seré aún más apuesto que ahora.

—Siempre. Coronaré el firmamento con el color de tu sonrisa.



**NOSTALGIA**

**Por: Ariel Sosa Mansilla**

Nostalgia, ese traje gris que uso
cuando la melancolía toca a mi puerta
y mi corazón comienza a silbar melodías perdidas en el tiempo,
que tarareo bajo la lluvia de septiembre.

Recorro las calles de la ciudad saltando los charcos,
pensando en ti, que ya no estás a mi lado.



**EL RECUERDO DE TU AMOR**

**Por: Daymi Pacheco**

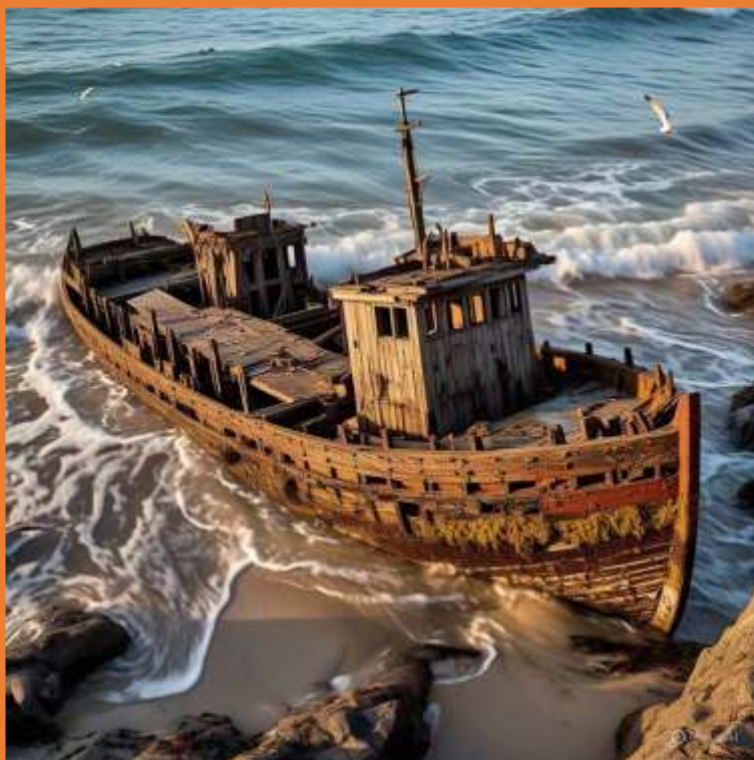
Amé primero tu voz pausada,
era un dulce sonido,
como un mar en calma,
un despertar tranquilo
entre sábanas blancas
que me sumía en el deseo
y me enamoraba el alma.
Luego rocé tu piel,
temblaron mis manos,
y solo podía pensar
en aquel beso robado.
Volaba entre amapolas
soñando con tenerte,
besando tus labios rojos,
amando sin poseerte.
Y te amé, tantas veces,
entre tus brazos me perdía,
pintaba al amor contigo,
le diste luz a mi vida.
Hoy eres solo recuerdo,
una historia que termina,
un pasado que me agobia
y una copa ya vacía.
Eres la memoria de un amor,
un amor…
que no olvido todavía.



**NAUFRAGIO**

**Por: Anniabel Martínez Gómez**

No tengas miedo si llega el ocaso,
siéntete dichoso del naranja horizonte,
del color que se extingue en el reflejo del mar.
No tengas miedo de los tantos abrazos
que en la tarde siempre nos solíamos dar.
Siente, como yo, la misma nostalgia,
no de lo que vivimos, de lo que está por llegar.
Siente, como yo, los versos furtivos,
las canciones de invierno, las que suelo cantar.
Y si se van del cielo las palomas,
si de repente un día deciden que no volverán a volar,
sentiré las alas junto a mi regazo,
las pintaré de las veces que supe amar.
Miraré el ocaso como miro tus ojos,
y otra vez en tus brazos volveré a naufragar.



**MÁS ALLÁ DEL SILENCIO**

**Por: Michael Pérez Pino**

Te deseo.
Caminas sobre mi mundo.
Siento tus pasos abrazando mi historia.
Nuestra historia.
Naces de las llamas,
cuando estas manos
te hacen mía cada noche.
Eres el ave fénix de mi lujuria.
Te pienso en la distancia.
No estás.
Me bebo tu perfume.
Cierro los ojos
y te veo,
te toco,
te pienso…
Me acompaña el beso cálido en la despedida.
Noche oscura
de nubarrones y de lágrimas.
Gracias por estar.
Te deseo,
más allá del silencio.



**AMOR BANDIDO**

Amor bandido/ testigo/ verdugo de mi desamparo"

Amor que me salva y me mata
no quieras huir bandido/
no quieras huir/
no quieras/
no.



Amor tan mal acostumbrado
no quieras tener testigos/
no quieras tener/
no quieras/
no.

Amor al que todo se lo he dado
no quieras ser verdugo/
no quieras ser/
no quieras/
no.

Amor que mis noches desvelas
no quieras causar desamparo/
no quieras causar/
no quieras/
no.

Anniabel Martínez Gómez


MUJERES: ARTIFICES
DE LA LITERATURA

**“LA POESÍA HECHA MUJER”**

Por María Isabel Mendéz

Nacida el día 29 de mayo de 1892 en Sala Capriasca, Suiza. Hija de Alfonso Storni y Paola Martignoni, de ascendencia italo-suiza. Alfonsina Storni fue una destacada poetisa y dramaturga suizo-argentina, conocida por su voz feminista y su exploración de la condición femenina en la literatura del período modernista. Nacida en Suiza, se trasladó a Argentina con su familia a los cuatro años. A lo largo de su vida, Storni enfrentó dificultades como la maternidad soltera y la discriminación social, experiencias que marcaron su obra. Su suicidio en 1938, tras una lucha contra el cáncer, la convirtió en un símbolo de resistencia y de la lucha por la igualdad de género.

Infancia y juventud. (Nota importante: “comentario tomado de la web”)

Es en este país de Latinoamérica donde forja su vida y conoce el mundo de las letras. Ver a Storni fue mirar a la mujer aguerrida de aquella época; basta decir que la pluma masculina era quien dirigía el timón de las letras poéticas. Hablar de Alfonsina es describir a la mujer en sus distintas estaciones, que por nombrar algunas, digamos que se le vio maravillosa, intelectual, hermosa como la primavera, capaz, inteligente y atrevida. Es notoria su madurez al leer sus letras. El sentimiento de dolor por sus estigmas personales y la decisión de amar su vocación a la escritura, a pesar de todo, hacen de sus obras una riqueza literaria. Podemos leer una y otra vez un verso suyo y nos envuelve su energía; es como si la viéramos declamando en alta voz. Una figura que, sin duda, se convirtió en símbolo de admiración por el temple de su palabra. Conquistó una serie de reconocimientos literarios a lo largo de sus pasos y compartió con figuras muy importantes de su época, que además de colegas fueron muy buenos amigos, como Horacio Quiroga, Luis Perlotti, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral, entre otros. Storni fue el tipo de mujer que no teme a ser escuchada, cualidad que enriquecía su carrera artística con cada obra que creaba en el éxtasis de lo poético. Llegó a fungir como profesora rural, escribió ensayo y se le vio declamar sus poemas en distintos lugares, dando así a conocer su voz. También participó en concursos literarios que le permitieron la expansión de su nombre entre los poetas de aquel entonces.

Se convirtió en madre soltera, hecho del cual obtuvo un hijo varón, el cual era su fuerza para continuar viviendo; el amor por su hijo llenó una parte de ella. Luego, con el paso del tiempo,

le tocó enfrentar la dura etapa en la que se le descubre una enfermedad en su cuerpo que aumentó su quebranto: un tipo de cáncer que la sumiría en una depresión severa. Storni fue víctima de cáncer de mama, razón que la obligó a someterse a una cirugía llamada "mastectomía radical", que cambió su forma de verse físicamente e irremediablemente afectó su autoestima. Creo, en lo particular, que los tragos amargos que probó la poeta en el transcurso de la vida contribuyeron en la formación de la enfermedad, pues bien sabemos que las enfermedades tienen su origen y es en la mente. Alfonsina fue una mujer resiliente hasta que, en algún punto de su vida, el sufrimiento atacó una zona vulnerable de su cuerpo. En sus obras encontramos un manantial de sentimientos vertidos sobre papel; al leerla hablar del amor, el cual llegó a tomarlo como sufrimiento. Storni supo cómo sacar de sí misma la esencia poética; ante un mundo de letras dirigido por la figura varonil, era un verdadero compromiso hacer que su estilo se mantuviera en el tiempo. Logró conquistar a un público a través de sus palabras y hacer que su poesía no se fuera con ella a ese viaje inesperado al cual decidió marchar cuando el mundo aún quería seguir escuchándola.

Su vida se vio envuelta de sufrimiento; sin embargo, logró mantenerse en pie. Con todo eso, debemos reconocer que todo ser humano tiene un límite y ella llegó al propio. Nunca vamos a entender por qué alguien decide apagar su luz teniendo tanto camino por andar. Alfonsina dio un paso tan agigantado en la literatura que no merecía menos que el ser reconocida y colocada en la lista de mujeres que logró marcar el vasto mundo de la poesía en su época. Sin duda podemos decir que fue una mujer que supo arrebatar parte de lo que el universo tenía reservado para ella, y es por ello que al leerla podemos sentirla viva, aunque esté muerta. Alfonsina muere por ahogamiento voluntario luego de que, el 18 de octubre de 1938, viajara a Mar del Plata, en donde escribió su último poema, que lleva por título "Voy a dormir". Se dice que fue en la madrugada del martes 25 de octubre de ese mismo año que Alfonsina Storni decide abandonar el cuerpo yéndose a las aguas del mar; por la mañana siguiente, su cuerpo fue encontrado en la Playa La Perla. Se fue dejando en la historia una huella que seguirá existiendo porque la poesía… es eterna.

Poema "Voy a dormir"
Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de hierbas, tú, nodriza fiel,

tenme dispuestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos cardenales.
Voy a dormir. Nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájala un poquito.
Déjame sola: oyes romper los brotes…
te acuna un pie celeste desde arriba
y un invisible dedo me hace señas.
Voy a dormir, nodriza mía, duérmete.

Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.



Impreso en Argentina